

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 104.—1.º de Julio de 1874.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

CONTRA CALUMNIA, RESIGNACION.

Excma. Sra. Duquesa de Medinaceli.

Miranda de Ebro 2 de junio de 1874.

Muy Señora mia y de toda mi consideracion: A propósito de lo que Tirios y Troyanos dicen de la Cruz Roja, recuerdo la declaracion de un Doctor anglo-americano, de que no continuaba la polémica con su adversario, porque decia este mas disparates en una hora, que él podria rebatir en un año. Al ver las calumnias, las interpretaciones malévolas, las reticencias y el hablar y el callar malicioso, podríamos hacer una declaracion análoga á la del Doctor inglés, si no necesitáramos para auxiliar á nuestros pobres heridos la cooperacion de los que nos la negarán estraviados por la calumnia, y si pudiéramos dar al triunfo de la verdad esos plazos que es posible conceder cuando se discuten principios.

Yo he procurado y procuraré restablecer la verdad de los hechos, pero sin hacerme la ilusion de que he de conseguirlo: quisiera que usted y las demás consocias vieran y aceptaran la situacion tal como es: tenemos que resignarnos á que se desconozca nuestra recta intencion, á que se interpreten mal nuestras palabras, á que se callen ó se nieguen nuestras buenas obras, á que la calumnia nos denueste y á que el error y la malicia vayan publicando nuestro descrédito. Una vez aceptado el dificil papel de calumniadas, dejando á nuestros calumniadores el suyo, facil y desdichado, tendremos mayor tranquilidad de ánimo, dedicando al socorro de los heridos el esfuerzo que podria distraerse en una lucha inútil. El hacer bien así es tan dificil, ¡pero es tan hermoso! Cuando los heridos ó los enfermos reciben eficaz auxilio, ellos no saben que aquella cama

limpia, aquella sana alimentacion, aquellas curas esmeradas que restablecen pronto su salud y tal vez salvan su vida, significan una lucha larga, dificil, perseverante; no saben qué de injusticias ha sido necesario arrostrar ó despreciar para poder hacer aquella buena obra; no saben las amarguras que ha costado cada consuelo que les llega: pero Dios lo sabe y lo sabemos nosotros, y esto, no solo basta, sino que aumenta la interior satisfaccion de la buena obra en la medida de las dificultades que hay que vencer para hacerla; de modo que poniéndonos en este terreno, que es el firme, de convertir los obstáculos en méritos, toda la pérdida será para nuestros calumniadores, y nuestra toda la ganancia.

Además, no debemos exagerar las cosas: si hay personas que nos desconocen y calumnian, tambien las hay que nos hacen justicia y nos auxilian eficazmente. Nuestros hermanos de Paris, de Londres, de Amberes, de Bruselas, de Cádiz, de Sanlúcar, de Ciudad-Real, de Burgos, y tantas personas caritativas como nos han auxiliado con sus donativos, nos sostendrán con su aprecio y con su fe. Hágales usted saber que, gracias á sus cuantiosas limosnas, hay una limpieza y una abundancia en el hospital de la Cruz Roja de Miranda, que nos hace bendecirles á todas horas. Apenas llega un enfermo, se le muda de ropa y se le mete en limpia cama. Todos toman caldo, como hay en muy pocas casas, con gallina, que aunque caras no faltan nunca, y jamon de los de Sanlúcar, que aún duran; beben el riquísimo vino de la misma procedencia, inmejorable al decir de los inteligentes. Todos los enfermos tienen babuchas para que no pongan los pies en el ladrillo, y cuando se levantan reciben calcetines, elástica, etc., porque aquí hace frio, y algunos soldados están casi desnudos, y otros con las ropas que, inclusas las de paño, hay que enviar al rio inmediatamente.

Con este esmero en la limpieza y en la alimentacion, el haber saneado el edificio haciendo pasar una corriente de agua constante que arrastra las inmundas, y la inteligente asistencia facultativa de nuestro médico, y la piedad y caridad de nuestro capellan y de las dos socias venidas aquí y que alternativamente velan cuando hay enfermos de peligro, con todos estos elementos, las curaciones son rápidas, y el tifus que amenazaba seriamente nuestro hospital, se ha aislado á cuatro casos, de los que solo uno ha sucumbido. Es una grata satisfaccion ver el gran movimiento que hay en nuestro hospital. Llegan los hombres escuálidos y al parecer casi sin vida, y á los ocho dias de limpieza, descanso, buena alimentacion y esmerada asistencia médica, estan repuestos.

Un dia, temiendo un sangriento combate próximo, la autoridad

militar mandó evacuar de enfermos trasladables todos los hospitales de la línea del Ebro. Fue grande la consternación de los del nuestro.—Que nos den el alta, decían, no queremos ir á otro hospital.—Y, qué alegría después de estar ya camino de la estación, cuando vino contraorden, y volvieron! Como de otros hospitales hu-
yen, hay empeños para entrar en el nuestro, y estaría ya lleno de enfermos si abriéramos la mano, y no reserváramos el mayor número de camas para los heridos, que ahora son pocos, pero que tememos que no tardarán en aumentar.

Como este pueblo es de mucho tránsito de tropas, llegan enfermos; nosotros recogemos los que no pueden seguir, y no obstante solo uno ha muerto como he dicho.

Procure usted inculcar en el ánimo de las consocias, que se consuelen del mal que se dice con el bien que se hace; llegará el día de la justicia, y si tarda, tanto peor para los que nos la niegan.

Nuestros coches están en Lodosa; serán los únicos para la conducción de heridos graves.

Salude usted á las consocias, y dígalas que tengan como seguro, que por cada calumnia, recibimos cien bendiciones, y aunque estas no se publican en los periódicos, se sienten en el corazón y le consuelan.

Me repito con toda consideración atenta servidora y amiga
Q. S. M. B.—*Una Socia de la Cruz Roja.*

LO QUE HAY DETRAS DE LA CRUZ ROJA.

Hé aquí lo que preguntan algunos con inquieto y receloso afán, y sobre lo que tratan de contestar otros de un modo sentencioso, como revelando un gran descubrimiento.

Hay quien ve en la Asociación de la Cruz Roja una propaganda protestante, anticatólica, procedente de logias masónicas, todo, en fin, lo que puede alarmar más á los espíritus sinceramente católicos y desacreditar tan hermosa institución.

Otros, por el extremo contrario, le atribuyen un carácter carlista y hasta jesuítico (en el sentido que suele darse á esta palabra), y suponen que á la sombra de la neutralidad que todos respetan, ó debieran respetar, sirve para favorecer á los partidarios del absolutismo.

No tratamos ahora de combatir esos errores de una manera concreta. Plumas más autorizadas lo han hecho ya en esta misma Revis-

ta. Vamos, sin embargo, á hacer por nuestra sola cuenta una declaración.

Sí; es verdad: algo hay tras de la Cruz Roja. Esa institucion encierra una idea mas profunda que la de vendar una herida, montar un hospital ó llevar una camilla al campo de batalla. Solo que esa cosa, que se encierra en la Cruz Roja, no es un pensamiento preconcebido intencionalmente por sus iniciadores y propagadores: es una idea que brota naturalmente sin impulso particular de persona alguna; que se manifiesta sin que nadie la proclame; que se impone porque espontáneamente se siente.

Esa idea es el horror á la guerra.

Mientras las gentes pacíficas asistian á los terribles dramas de la guerra, como espectadores lejanos y en seguridad, enterándose de ellos solo por los periódicos, por las cartas ó por las referencias verbales, su corazon se contristaba, pero no de una manera conmovedora, cual sucedia cuando alguna vez los azares de la guerra tenían lugar en su presencia.

Hoy la Cruz Roja forma una especie de segundo ejército, pacífico pero valeroso, inerme pero escudado con su caridad, que no se contenta con simpatías estériles y compasion efímera, sino que se une al ejército militante, y sale á la plaza pública, y reúne fondos, y establece hospitales, y monta ambulancias, y prodiga socorros de todas clases, y llega, en fin, hasta el mismo campo de batalla á salvar algunas de las víctimas que ha hecho el fuego y el acero de los combatientes.

Esta legion generosa, al dedicar su tiempo, sus recursos y su ardiente celo á atenuar los estragos de la guerra, tiene que verlos por precision prácticamente, descendiendo á presenciar los detalles mas dolorosos. Ya es un pobre soldado herido, víctima forzada de guerras cuyo origen desconoce y á las cuales le lleva solo la ley del servicio militar; ya es un pundonoroso oficial que sucumbe esclavo de su deber y de su carrera; ya un cadáver insepulto; ya un moribundo que está pidiendo consuelos de todas clases, especialmente religiosos; ya un prisionero destituido de amparo; ya, en fin, hasta un sentenciado á muerte por la severa ordenanza militar, en cuyo favor hay que gestionar un indulto ó una atenuacion de pena: todos los episodios, en fin, de esas luchas sangrientas. La Cruz Roja, al presenciar todo esto, hace y presenta naturalmente comparaciones del bien con el mal: contra el mal de la guerra, el bien de la caridad; contra el cañon Krupp y el fusil Remington, el vendaje, el bálsamo y el amparo; contra la ira del combatiente, la dulzura del enfermero; contra los estragos de la guerra, que son la muerte, los esfuerzos de la caridad, que entrañan y sostienen la vida.

— Cuando esto se ve, y se ve por precision, la consecuencia es ir elaborándose lentamente una opinion pública, no fria ó tibia, cual suele serlo cuando el objeto que la promueve es un acontecimiento ordinario de la vida de los pueblos, sino ardiente y fervorosa, cual lo requiere la naturaleza conmovedora del espectáculo que la inspira.

Una opinion pública de tan elevado carácter puede, si se robustece con el apoyo de todas las personas de buenos sentimientos, ir acumulando elementos para que llegue un dia deseado en que de todo el mundo surja, violento como el estallido de un volcan, un grito atronador que diga ¡guerra á la guerra!; grito capaz de acallar en el orden material los estampidos del cañon, y en el orden moral las iras de los combatientes y las ambiciones de los que promueven las guerras y lanzan masas de hombres contra hombres, hermanos suyos ante Dios, para despedazarse friamente, cual si hubiera plétora de vida en el mundo y fuera preciso cercenarla.

Delirio, aunque generoso, sería el esperar que esto pueda conseguirse en un año ni en muchos quizá; pero algo puede irse adelantando, cuando se generalice el imperio de la razon y de los sentimientos humanitarios y religiosos, que hoy parecen fijarse solo en lo pequeño y descuidar lo grande.

En efecto; si ocurre en la calle una cuestion entre dos personas poco ilustradas, que en vez de discutir con razones, apelan á la fuerza y á los golpes, los espectadores de tal escándalo califican á los combatientes de insensatos ó de criminales perturbadores del orden público, los separan y se imponen entre ellos como autoridad improvisada. Y esto lo hacen por un instinto laudable y natural; porque todos sabemos que la fuerza no es una razon; que la justicia es la que debe dar á cada uno lo que sea suyo; que Dios no ha dicho á los hombres *destruios* sino *multiplícaos*; y que no nos ha enseñado con su ejemplo y con su palabra á aborrecer á nuestros hermanos, sino á amarlos como á nosotros mismos.

Si pues esto sucede con las contiendas de individuo á individuo, ¿por qué no ha de suceder algo semejante en las de pueblo á pueblo y de nacion á nacion? ¿Hay acaso una moral, una justicia y una ley natural para el individuo y otra para la colectividad? ¿Rechazan tal absurdo las mas triviales nociones de lo que es justicia, lo que es ley y lo que es moral?

Otro ejemplo de paridad y disparidad ilógicas nos ofrecen las luchas de diferente género. Cuando dos hombres de cierta posicion se creen ofendidos en su honor y apelan al desafío, buscan primero padrinos ó árbitros para resolver pacíficamente, si es posible, la cues-

tion; y cuando esta resulta insoluble y se lleva la cuestion al terreno de las armas, todo se concierta y ejecuta con sigilo y en reserva, porque la ley prohíbe los duelos y castiga á los duelistas.

Ahora bien: siendo las guerras unos grandes desafíos entre dos naciones, ¿por qué no se han de establecer ante todo padrinos ó árbitros autorizados de entre las demás naciones, que, cual jurado supremo, califiquen la razon ó sinrazon de cada uno y resuelvan pacíficamente el conflicto? Y si este arbitraje resultase imposible (que pocas veces lo sería habiendo buena voluntad de parte de todos), ¿cómo se esplica que la ley de cada nacion persigue el duelo y castiga á los duelistas, lo cual obliga á estos al misterio, y la ley comun de la humanidad no solo no castiga las luchas de nacion á nacion ni las oculta, sino que las anuncia como actos heróicos, con una publicidad aterradora para las familias y para los pueblos pacíficos?

Comprendemos que hay guerras inevitables ó justificadas porque tienden á salvar intereses respetables atacados; tales son las de defensa contra agresiones extranjeras ó contra rebeliones interiores, y las que afectan á la honra nacional, entendida esta palabra en su verdadero sentido, sin disfrazar con ella, como suele hacerse, la soberbia y la ambicion; pero la gran mayoría de las guerras son injustas, porque no tienen por móviles mas que ambiciones culpables de reyes y de pueblos, ó susceptibilidades de amor propio nacional.

Triste ejemplo de esto nos ofrece la gran guerra Franco-Prusiana de 1870. Aquella lucha gigantesca, en que hubo admirables epopeyas de valor y de gloria militar, pero que en cambio produjo millares de vidas inocentes cortadas en flor, millares de viudas, millares de huérfanos, millones de pérdidas en la riqueza pública y privada, la devastacion de un hermoso pais y la perturbacion física y moral de dos grandes naciones; aquella inmensa y terrible hecatombe, tuvo un origen ó pretesto tan pequeño, que parecia propio tan solo para entregarlo á la accion hábil y pacífica de una diplomacia de buena y recta intencion.

Si la humanidad ha de seguir avanzando por este camino, si el génio de la ciencia, en vez de ocuparse en mejorar las condiciones de vida de los pueblos y de los individuos, se emplea en perfeccionar los elementos de muerte, si al lado de los esplendores de la civilizacion, que tanto nos engrandecen, han de continuar desarrollándose en escala progresiva las guerras que tanto nos empequeñecen, llegará un dia quizás en que hayamos de maldecir la vida social y envidiar el aislamiento de los anacoretas ó de los árabes nómades del desierto.

La Cruz Roja puede contribuir, como hemos dicho, á que esto

no suceda. Poniendo á la vista y al alcance de todos las desdichas del campo de batalla, fomenta un saludable horror á la guerra y una hermosa inclinacion á la vida del hogar pacífico y tranquilo.

Si hay naciones guerreras y poderosas que quieran imponerse á las mas débiles, hay algo mas poderoso que ellas, y es la opinion pública de todos los pueblos, la conciencia de la humanidad entera, que reina soberana cuando es unánime y cuando tiene en su apoyo la justicia y la razon.

A esa conciencia apelamos. Si no triunfa hoy, esperemos, que triunfará algun dia: si nosotros no vemos ese dia feliz, confiemos que lo alcancen nuestros hijos; y gran timbre de gloria estará reservado á la época futura en que, escribiendo la historia de la presente, se diga con dolorosa estrañeza, como suceso que sea entonces inespliable: «Nuestros infelices padres no sometian las cuestiones internacionales á un arbitraje imparcial, sino que en vez de fiar esas cuestiones á la fuerza irresistible de la razon, apelaban á la razon brutal de la fuerza.»

Antonio Guerola.

CARTA DEL DR. LANDA.

Disolucion de las Ambulancias por la intransigencia carlista.

Lodosa 16 de junio de 1874.

Excma. Sra. Duquesa de Medinaceli, Presidenta de la seccion de Señoras de la Cruz Roja.

Muy Señora mia: Mucho tiempo há que no he enviado á usted noticias de nuestra caritativa empresa, suponiendo que las tiene mejores y frecuentes desde que esa seccion de Señoras se halla tan dignamente representada en el teatro de la guerra por dos Socias de la central.

Desde que las vi pisar los umbrales del asilo, que en nombre de ustedes habia abierto al valor desgraciado, salí de Miranda para incorporarme al cuartel general, seguro de que aquel hospital habia de ser para los pobres soldados, no otra forma de cuartel, sino una prolongacion del hogar doméstico, como decia Mr. Laboulaye de los hospitales de América. El otro dia fui á verlo, y encontré ese ideal realizado. Las paredes y las camas están tan blancas, el ajuar y los

suelos tan limpios, los sirvientes tan cuidadosos y los enfermos tan contentos, que desde luego se adivina la influencia benéfica del sexo amante y compasivo. Mientras yo goberné ese hospital, bien procuré su limpieza, sin llegar jamás á la pulcritud que hoy tiene; bien me esforcé en mantener orden y disciplina, empleando hasta la amenaza y el castigo moral; y hoy, sin necesidad de esto, es aquella casa mansion de paz y tranquilidad: es que yo habia puesto sobre el edificio la bandera de las Señoras de la Cruz Roja, pero todavía los ángeles de la caridad no le cubrían con sus alas; es que la voz del hombre es dura, aun cuando ruega, mientras que la de la mujer es dulce, aun cuando reprende; es que hay cosas importantes que no se obtienen á fuerza de talento, ni á fuerza de dinero, sino á fuerza de cariño, y que por tanto solo ustedes pueden lograr.

Tenga usted, pues, Señora Duquesa, con sus benéficas colaboradoras, la satisfaccion de que en Miranda están haciendo una obra buena; que allí las bendicen muchos desgraciados; que allí han remediado una necesidad perentoria; pues no habiendo hospital militar y siendo tan reducido el civil, ofrecen tambien asilo á los pobres soldados, á quienes en dias de evacuacion he visto arrastrar su fiebre por las calles de Miranda, escitando la consideracion del vecindario.

Tambien les ha tocado el dar allí ejemplo de que la caridad no debe hacer distincion entre los enfermos y los heridos en la guerra: hoy tiene usted allí cuatro heridos; los demás son disentéricos, y algun tifoideo.

La bondadosa figura de las dos Socias inclinándose sobre el lecho de esos desgraciados me recordaba que tambien la Señora Baronesa de Combrugla, cuando salió de Bruselas con la Ambulancia de las Señoras de la Cruz Roja, se encargó de servir un hospital de disentéricos en Saarbruck.

Que esa satisfaccion del alma sirva de lenitivo á la pena que nos causa la inutilidad de las gestiones practicadas en Galdácano para obtener la devolucion de los carruajes 1 y 4 de su Ambulancia. En ello he tenido una decepcion muy amarga, pues jamás pude creer que en España se cometiera una violacion del artículo 4.º del convenio de Ginebra. Debia pensarlo tanto menos, cuanto que no ha mucho tiempo el pabellon de la Cruz Roja protejió el paso de dos carruajes de Ambulancia para Estella. Desgraciadamente parece que es cierto que, si no por culpa de todos, por la de algunos, se ha perdido ese material de socorro, adquirido con el óbolo que la caridad depositó en sus manos; y siendo así, estamos en el caso de adoptar una resolucio[n] definitiva.

Me habia limitado á suspender los movimientos de la Ambulancia: hoy está disuelta, pues ¿qué haríamos en seguir con el material incompleto, y cuando ya el personal y el repuesto han encontrado tan útil empleo en el hospital de Miranda? Querer ser fuertes en muchas partes es ser débil en todas, y tarea bastante tendrá el celo de esa Seccion en mantener á la altura que corresponde aquel asilo. Por otra parte, era doloroso que ya que dos coches quedaban á nuestra disposicion, los dejáramos inactivos en las cocheras de Miranda, cuando tal vez aquí van á hacer tanta falta; para esto fui el sábado á conferenciar con las Señoras que están al frente del hospital, y despues de maduro examen creimos interpretar los sentimientos y deseos de esa Seccion trayendo los carruajes 2 y 3 á esta, como lo hice el domingo, y poniéndolos en su nombre á disposicion del General en gefe de este ejército, quien los confia á la Sanidad militar. Este cuerpo agradece el préstamo, y sabrá realizar el benéfico objeto que al adquirir tan hermoso material se propusieron las Señoras de la Cruz Roja de Madrid. No hemos traído el ganado, porque en tal caso era preciso traer tambien los conductores, cuyos haberes habrian de continuar á cargo de esa Seccion, no resultando entonces suspendido el costeamiento de la Ambulancia. Parece preferible que el ejército ó el Estado sea quien se encargue del movimiento de los carruajes que ustedes le confian.

Resulta, pues, que por sucesos superiores á toda ordenada prevision se ha detenido y disuelto su hermosa Ambulancia, la primera de su género que ha funcionado en España; pero convirtiéndose en un hospital modelo, que presta ya grandes servicios, y poniendo el material sobrante en condiciones de que, aunque por otras manos que las nuestras, continúe prestando servicios á la humanidad en esta campaña. Si los carlistas aprovechan á su vez para socorro de los heridos de su campo esos carruajes de que malamente se han apoderado, pero en cuyo buen uso no harian sino responder al sentimiento caritativo que los adquirió, resultará que, aunque por vias fortuitas, continuarán aprovechándose en pro de los heridos de uno y otro campo los sacrificios que con tal objeto hicieron ustedes.

Deseando vivamente que las resoluciones que he adoptado merezcan la aprobacion de usted, aprovecho gustoso esta ocasion para tener el honor de reiterar á usted, señora Duquesa, y á las señoras de esa seccion, las seguridades de la respetuosa consideracion con que soy siempre su seguro servidor Q. S. P. B.—*Nicasio Landa.*

EN LA TRIBULACION.

Alzo mi frente al cielo
 Y acudo á ti, Señor, en mi amargura,
 Pidiéndote consuelo:
 De la sublime altura,
 Vuelve hácia mí tu rostro con dulzura,
 Mirame fragil caña
 Por encontrados vientos combatida:
 Líbrame de su saña,
 Cúbreme con tu egida;
 No quede mi esperanza confundida.
 En ti solo confío;
 Tú solo puedes darme fortaleza
 Contra el furor impío;
 Porque tanto es su brio,
 Cuanto es grande y continúa mi flaqueza.
 Fuertes son mis contrarios,
 Me acosan y persiguen de continuo;
 Por mil rodeos varios
 Pretenden temerarios
 Apartarme, Señor, de tu camino.....
 Tienden bajo mi planta
 Lazos entretegidos con destreza;
 Y su malicia es tanta,
 Que tarde se levanta
 El que una vez en ellos ¡ay! tropieza.
 La senda embellecieron,
 Para lograr mejor su vil amaño;
 De flores la cubrieron,
 Y en ellas escondieron
 La red del atractivo y del engaño.
 Por la via escabrosa
 Que al puerto va, mis pasos encamina,
 Huyendo la engañosa,
 En apariencia hermosa,
 Pero que al hondo precipicio inclina.
 Y mas que pise abrojos,
 Mas que apure las heces de amargura,
 Y pase mil sonrojos;

Aunque lloren mis ojos,
 En tu palabra viviré segura,
 Porque tú lo dijiste;
 Tú de quien la verdad, la ciencia emana:
 «Bendito será el triste;»
 El que cilicio viste,
 Manto de gloria vestirá mañana.
 Del mundo la riqueza
 En escoria y en polvo se convierte:
 Es humo la grandeza,
 Y la mayor belleza
 En podredumbre trocará la muerte.
 ¡Y ciegos los mortales,
 Por bienes tan efímeros dejamos
 Los bienes eternos
 Que das á tus leales
 Y tu divina ley atropellamos!
 ¡Piedad, Señor del cielo!
 No el rayo de tus iras nos castigue
 Pulverizando el suelo.....
 Atiende al pequeñuelo,
 Al que adora tu nombre y tu ley sigue.
 ¡Oh bondad infinita!
 El Supremo Hacedor el soberano
 Que los cielos habita,
 Cuya diestra bendita
 Dirige al sol y enfrena el Océano,
 Del hombre mas pequeño
 No desprecia la súplica y le atiende
 Con amoroso empeño;
 ¡Por el murió en un leño!!!
 ¡Y él con horrible ingratitud le ofende!!!
 ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!
 ¡Atiende á mi clamor! Oye mi ruego.....
 Líbrame del impío;
 Y pues en ti confío,
 No perezca en el mar donde navego.

Micaela de Silva y Collás.

¡SED TENGO!

(Jesucristo en la cruz.)

I.

Era un caluroso día de verano de 1841.

El sol meridional lanzaba sus rayos de fuego sobre algunos batallones franceses que subían penosamente por las vertientes del Zaccar y se dirigían hacia la ciudad de Medeah, en Africa, para relevar su guarnición.

Aunque el cielo aparecía de hermoso azul y la luz del sol bañaba con su dorado vapor un horizonte inmenso, aunque el aire aparecía impregnado de los perfumes deliciosos del laurel-rosa, aunque todo, en fin, era brillo, luz y esplendor, una sombría tristeza parecía pesar sobre el semblante de los pobres soldados. Agobiados por el calor, la fatiga les abrumaba; miraban con cierto espanto aquella desnuda montaña, cada vez más escarpada, que era preciso subir, y aspiraban un ambiente abrasador, sin que el murmullo de un arroyo ni la sombra de un árbol viniese á reanimar sus abatidas fuerzas.

Ningun vestigio humano se encontraba en aquella soledad: solo una inscripción latina, grabada groseramente sobre una roca, recordaba que las águilas romanas habían pasado por allí en época muy lejana y que un centurion de la legion tercera había recibido los honores fúnebres al pié de aquella roca desierta.

Algunos oficiales franceses leyeron la inscripción: uno de ellos saludó el sencillo monumento con la espada, diciendo: «No pido para mis huesos más que esto: la tumba del soldado y un recuerdo de mis compañeros de armas.»

Los soldados pasaban con tétrica indiferencia por delante del sepulcro romano, pues sufrían horrorosamente por el calor y sobre todo por la sed. El agua se había agotado en las botellas de campaña y los pobres sedientos hacían esfuerzos para llegar á un manantial que se suponía próximo y donde debían acampar aquella noche. Los más fuertes procuraban cantar; los más débiles miraban con terror á los compañeros que iban cayendo estenuados á las orillas del camino y se veían ya imposibilitados de reunirse al ejército.

Hallábase entre ellos un joven teniente, delicado, débil, en quien el cuerpo, llegado al último grado de fatiga, no obedecía ya á su voluntad por enérgica que fuese. Habíase sentado junto á la tumba del centurion, creyendo que un momento de reposo bastaría para

reanimar sus fuerzas, pero el sufrimiento de la sed le tenia paralizado: inmóvil y sin aliento para levantarse, miraba con terror la retaguardia de la columna que iba ya desapareciendo por la montaña: su lengua seca se pegaba al paladar: abria la boca como para aspirar un poco de frescura, pero lo que aspiraba era el vapor de un volcan y un polvo sutil que aumentaba sus horribles padecimientos. Una sola idea quedaba fija en su espíritu: dónde encontrar un poco de agua.

Poco á poco sus fuerzas se extinguian; sus rodillas se doblaron y cayó en tierra cerrando sus ojos. Iba á morir.....

En aquellos críticos momentos óyese una voz ruda.

—¿Qué teneis, mi oficial? ¿Es que quereis pasar el arma á la izquierda?

—Tengo sed, respondió Alfredo con voz sofocante; tengo sed horrible. Un poco de agua por amor de Dios.

El soldado lanzó una exclamacion y le respondió:

—Vamos, aún me quedan algunas gotas en mi cantimplora: las habia guardado para mí; pero vaya por Dios; bebed.

Y diciendo esto, acercó la rústica botella á los labios del oficial, que bebió con ansiedad todo su contenido de un solo sorbo.

—¡Que Dios os bendiga! exclamó: me siento reanimado y ciertamente acabais de volverme la vida.

—Tanto mejor contestó el soldado; pero si queremos salvar la cabeza, haremos bien en alejarnos pronto de aquí, porque veo sobre aquella colina figuras que nada bueno anuncian. Mirad, mirad, señor oficial. ¿No es verdad que parecen sombras chinescas?

Alfredo miró hácia donde le indicaba el soldado y distinguió las siluetas de tres figuras negras y raras; eran árabes envueltos en sus jaiques y armados de largos fusiles, que espiaban la marcha de la columna.

—Es preciso aligerar el paso, continuó el soldado: no quisiera que esos perros se divirtiesen conmigo. ¿Vamos, mi teniente?

El oficial se levantó con trabajo, sosteniéndole el soldado y ayudándole á marchar con paso geométrico hácia la columna cuya retaguardia se perdía ya en las revueltas del camino. Aquel socorro llegado tan á tiempo habia reanimado sus fuerzas; renacía su energía y hasta se puso á hablar alegremente con su salvador.

—¿Sois soldado voluntario? le dijo.

—Nada de eso: tiré la suerte y saqué un mal número; pero estoy contento, mi teniente. Tal como me veis, soy natural de París y obrero ebanista. Mi madre es vendedora en el mercado. En estos momentos, mientras nosotros nos tostamos aquí como castañas, la

pobre mujer grita con toda la fuerza de sus pulmones: *Aquí, á los guisantes tiernos y á los buenos espárragos.* Yo daría todas las legumbres del mundo por un vaso de agua. Algunas veces me escribe y me dice que me cuide mucho. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡si supiese cómo está su hijo! Vos, mi teniente, podeis ascender: yo tengo dos cosas que me perjudican; las letras y la afición á levantar el codo: por eso los galones de sargento son para mí una ilusion. Pero ¡qué importa! En la guerra, como guerreros.

El alegre soldado se puso á talarear. Alfredo le miró con cuidado: el jóven cazador ofrecia el tipo de un muchacho parisien; pequeño, rubio, con una fisonomía algo marchita ya, indolente y picaresca, susceptible de arranques buenos y malos.

Reuniéronse por fin los dos rezagados á la columna. Alfredo vió la bandera de su batallon y al incorporarse á él, dió las gracias al soldado, le apretó la mano y le pidió su nombre.

—¡Bah! no hay de qué, mi teniente; yo hubiera querido que mi botella contuviese rico vino de Champaña: en cuanto á mi nombre, me llamo Enrique Lacoste, para servirlos.

Y al decir esto, se alejó cantando un aire militar.

Alfredo fue acogido con alegría por sus camaradas, que estaban inquietos por su ausencia, y aunque fatigado todavía cuando llegó al campamento, el descanso y la frescura de la noche calmaron su irritacion y le devolvieron las fuerzas perdidas. Durmió con el sueño feliz y reparador de la juventud, y las agitaciones del dia anterior se le reprodujeron tan solo en forma de angustiosas pesadillas. En estos ensueños sobresalía un hecho claro que le preocupó largo tiempo. Parecíale que, devorado por la sed, se habia acercado afanoso á un hermoso manantial, que habia bebido con estremado placer y queriendo ver de dónde venian aquellas aguas bienhechoras, miró con cuidado y vió que brotaban de entre las piedras de..... un altar.

PENSAMIENTOS.

(*Conclusion.*)

Refrena con cuidado los impulsos de la ira: por muy justa que sea la indignacion, nos lleva siempre mas allá de lo justo. (*Descartes.*)

El bueno cifra su dicha en el exacto cumplimiento de sus deberes. (*Richardson.*)

El pudor es el colorido de la virtud. (*Diógenes.*)

El pasado y el porvenir se ocultan á nuestras miradas, el primero con el manto de la viuda, el segundo con el velo de la virgen. (*Richter.*)

Pasamos la mitad de la vida deseando que llegüe la otra mitad, y esta, llorando la pérdida de aquella. (***)

Deslucen el concierto de sus alabanzas los que en él toman parte. (*Fontenelle.*)

El que da con agrado da dos veces. (*)

Mas vale el merecer las honras que ostentarlas. (*Ercilla.*)

Afirmar la verdad con juramento, es degradarla. (*Soulié.*)

Aunque la virtud no alcanzára mas premio que la paz del corazon ni el vicio sufriera mas castigo que la zozobra del espíritu, esto basta para que el sábio se determine á vivir como Dios manda. (*L'Hopital.*)

¿Quieres saber cómo has de dar? Ponte por un momento en el lugar del que recibe. (*Mma. Puicieux.*)

Se podian definir todas las virtudes y todos los vicios, diciendo que son aquellas el sacrificio de lo presente á lo futuro, y estos, el sacrificio de lo futuro á lo presente. (*Mma. Necker.*)

La miel que las abejas estraen de la flor del romero, es la mas dulce y sabrosa; la virtud que nace, como ella, entre amarguras y asperezas, es la mas escelente. (*San Francisco de Sales.*)

¿Qué es una mariposa? Una oruga bien vestida. He aquí lo que son algunas personas. (**).

Socorre al desgraciado, y no temas que te falte socorro en la desgracia. (*Menandro.*)

Si los hombres te lisonjean, desconfía de ellos: si te censuran, desconfía de tí mismo. (*Colton.*)

A menos humillaciones se hallan espuestos los débiles y los cobardes, que los atrevidos y los ambiciosos. (*Vanvenargues.*)

El mejor libro de consulta es la conciencia. (*Pascal.*)

El espíritu y la materia se reparten el imperio del mundo social: segun cual de los dos predomina, será el hombre hijo del cielo ó esclavo de la tierra. (*Mma. Stael.*)

La adulacion es como la moneda falsa, empobrece al que la recibe. (*Mma. Violler.*)

Preguntas si la oruga que pisas tiene derecho para quejarse de tí; ó le tiene, ó no le tendrás tú para quejarte si te pisa un elefante. (*Saudi.*)

Una mala costumbre mejor se corrige hoy que mañana. (*Confucio.*)

El hombre debe pensar bien, hablar como piensa, y obrar como habla. (*El Conde Jéssin.*)

El misterio hace sospechosas las acciones mas inocentes. (***)

La austeridad es el fausto de la virtud. (*Mma. Riccoboni.*)